



Organo de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero

La Asamblea Provincial de la U. G. de T. acordó por 24.944 votos contra 471 la expulsión del diputado señor Algora y pedirle la renuncia del acta. -- La Asamblea terminó sus tareas con un viva a la U. G. de T., única e indivisible

Apostillas a un Congreso

VIEJA Y NUEVA POLÍTICA

Cuando alguna vez apunta en los horizontes que se nos dedican la sospecha, que con tanto regocijo se acoge, de que el Partido Socialista o la Unión General de Trabajadores pueden dividirse al socaire de una discrepancia más o menos fundada entre sus miembros, yo acostumbro a sonreír un poco. Siento mucho no poder complacer a los cariñosos amigos que quisieran ver escindido en dos, o en cuatro cuantos mas mejor—grupos peleantes entre sí, el bloque socialista. Lo siento porque la tenacidad y la paciencia con que persiguen y esperan que opere el milagro, casi les hace acreedores a que el magro se haga. Pero el caso es que yo no veo modo razonable de hacerles comprender que lo que ellos esperan con tanto afán, precisamente, lo único que entre nosotros no puede ocurrir. Y no quiero decir—librenme los dioses—que entre nosotros no haya discrepancias y divergencias agrias. Las hay como en cualquiera casa de vecino. Solo que nuestras diferencias no van mas allá de lo que permite el interés de la comunidad que, por ser interés de todos, a nadie le es licito atacar. Y menos que a quien, olvidando su compromiso de servir al Partido, piensa con exótica e infantil torpeza que es el Partido quien debe servirle a él. Pues esa, más que ninguna otra, es la cualidad que distingue de un modo especial al Partido Socialista y a las organizaciones obreras nacidas a su aparato. Quien no acierte a verlo es que carece del entendimiento más elemental. Quien no sea capaz de comprender y acatar íntegramente esa subordinación personal a la voluntad colectiva, rá bien absteniéndose de venir a nuestro lado. Y hará mejor, si ya lo tuviera, en alejarse antes de que seamos los demás los que pongamos la distancia prudente entre nosotros y él. La carrera política, tal como se entendía y practicaba en la política española al uso y al abuso, es algo que definitivamente va estando en quiebra. No sé si porque la política actual está cogiendo un tono de modernidad intelectual y de solidez ética que no tuvo nunca, sino porque los partidos políticos de hoy y los que se formen no podrán ser tampoco, como lo fueron antiguos, divertidas congregaciones en que el más audaz, o el menos escrupuloso y el que siempre los más ineptos se encaramaban a los puestos de mando y desde allí ponían precio a sus cabriolas y fanfarronadas más o menos ingeniosas. Estaba para ello con un poco de desparpajo que permitiera fraguar de cuando en cuando un discurso de una hora o un artículo de periódico, tan horros abundantes de contenido mental como abundantes en excesos verbales. Yo, el más insignificante de los periodistas, no suscribiría, por un sentido primario de la honestidad, artículos que en su tiempo recorrieron la vuelta a España con la firma repetitiva de algunos jerifaltes de la política revolucionaria que, naturalmente, no revolucionó nada ni sirvió para cosa mejor que para hacer personalmente a cualquier jayán.

antaoño, con unos cuantos volatines en el alambre de la picardía. A lo sumo se consigue con ello un poco de populacheria, que es algo no ya distinto, sino contrapuesto a lo popular. Es un vino ese de la populacheria que no va bien con mi paladar. Por buen gusto y porque no me siento capaz de sacrificar a la populacheria ni la más leve de mis obligaciones de partido. Otros hay que preñeren oficiar, a lo que saliere y a costa de lo que fuere, en el altar populachero. Yo no soy de esos. Y si la política hubiera de exigirme en alguna ocasión semejante tributo, yo, aprendiz humilde de político, anuncio desde ahora que no paso por tal servidumbre. Recurso cómodo que se va generalizando con exceso es hablar de los estados de conciencia en oposición a la disciplina de los partidos. Para juzgar un caso así se ha reunido en Zaragoza el Congreso de la Federación Provincial de la U. G. T. Sus acuerdos han sido los que debían ser. Y la disciplina, esa virtud sobre la cual están haciendo fuego hoy las viejas guardias de la antigua política, ha salido victoriosa una vez más. Aunque les pese, lo cual me alegra de modo extraordinario. Y les seguirá pesando. Porque la disciplina no se romperá entre nosotros sea quien fuere el que trate de romperla. Gracias a ella somos lo que somos. Y no han pasado en vano cuarenta años de lucha ejemplar para que ahora vayamos a rendirnos a las voces interesadas de quienes nos invitan a olvidar un pasado que es nuestra mejor ejecutoria. Allí los disidentes con su conciencia—si es que la conciencia tiene algo que ver—y allá la conciencia de sus jaleadores. Con su pan se lo coman unos y otros. Nosotros nos limitamos a presentenciar el vals.

MANUEL ALBAR.

De la Diputación

Piruetas final
El cronista no ha podido sustraerse a la suggestion del anuncio de la descomunal batalla que iba a librarse en el Salón de Quintas de la Diputación. Trocamos la recoleta capilla donde oficia los sábados el gran Lama señor Orensanz, por el enunciado claro y concreto de un manojo de verdades; verdades honradas, claras, que envueltas en luz, danzarían esplendorosamente desnudas, ante los ojos bovinos de los beocios; y el espectáculo un poco triste—todo lo grotesco es un poco triste—de la danza macabra de un ridículo pelele, magro y seco, de inteligencia más seca aún.
Los hombres de la U. G. T., de la provincia, dieron un rotundo mentis a las gratuitas afirmaciones hechas por el espoliado de lo más ruin de Zaragoza, y cantaron alto y claro la única verdad.
Oímos complacidos los magníficos discursos del camarada Manuel Cordero; discursos plenos de contundente dialéctica unas veces; otras, de fina y graciosa ironía; ironía gallega; siempre interesantes y repletos de enseñanzas. Discursos de Albar, persuasivos, elegantes, emocionales. Acusaciones implacables surgidas de la fina sensibilidad socialista de los camaradas de Calatayud...
Y de los discursos de unos y de otros surgió desnudo el muñeco de papel metido a volatinero. Volatinero ansioso de popularidad; borracho de halagos falaces. El momento cumbre de su vida fué aquel en que toda prensa prostituida, vergonzante, publi-

có las idioteces que a un hombre le ocurren en la intimidad; cuando destumbó con la luminosidad artificiosa de su borrachera a gentes de buena fe... Gentes que, ante el brillo permanente y sin mácula de la sencilla verdad; verdad que besa las almas, las acaricia, las mece, las temple e inculca valor y entereza; verdad que deja sin sombras los ángulos obtusos de la inteligencia, dejaron de ser ciegos. Y la fascinación, de un momento, de las ridículas cabriolas, vistas titiritinas del volatinero, perdió su eficacia al descubrirse el truco infantil del cabriolero de sus locas payasadas.
Murió el falso prestigio y las gentes sabrán que los socialistas aragoneses piensan igual que los socialistas de todo el mundo; y las gentes sabrán que un acta de diputado se hurto a sus legítimos poseedores.
El payaso que alegremente fué sembrando odios insensatos cuando sus compañeros sembraban amor y energía, principios emancipadores y nobles rebeldías, llevará sobre sus espaldas el peso de su cien veces muerto prestigio que le hundirá en la indiferencia de las gentes honradas y en el desprecio de sus interesados amigos.
La Prensa aludida se dejará cabalgar por nuevos amantes que le aporten novedades que satisfagan sus viciosas pasiones y licenciará al amante agotado por miserables bacanales y borracheras de popularidad.
El "gigolo" en paro forzoso irá en busca de nuevas hetairas que sirvan su afán de ostentación que ya no encontrará, a no ser que, invirtiendo los términos, se coja del brazo de ese cobarde e insuficiente mental que se entretiene en atacar canallescamente por la espalda a los hombres honrados y que ya, antaño, explotó el ciego embestir del pobre "gigolo" en paro forzoso...
ALHAMBRA.

Asamblea de la Unión General
Ya se ha celebrado la Asamblea de la Federación Provincial de la Unión General de Trabajadores. Se trató en ella del asunto Algora, del nombramiento de vocales del Jurado Mixto de Trabajo Rural, de la situación económica de la Federación, de la protección a los presos de la Unión, de la necesidad de propagar El Socialista y VIDA NUEVA, de la imprescindible necesidad de establecer un mayor contacto entre la Federación Provincial y los pueblos y cuál es el verdadero concepto de la disciplina a que han de estar sujetos los afiliados a las organizaciones obreras.
Asistieron a la Asamblea delegaciones de las organizaciones de la capital y de los pueblos, delegaciones fraternales de la Agrupación, Juventud Socialista y de nuestra Redacción. Delegaciones que al llamarse fraternales demuestran que existe verdadera hermandad entre las organizaciones sindicales, las políticas y su semanario representativo.
Los que esperaban "hule" en la Asamblea que iba a celebrarse han quedado defraudados. Esperaban "hule" al discutirse el asunto Algora, pues creían que iba a tomarse pasionalmente un simple asunto de disciplina interior. Esperaban "hule", pues creían que algunas delegaciones de los pueblos, haciendo caso a propagandas "algoristas", se negarían a cumplir sus compromisos monetarios con la Federación Provincial. Esperaban "hule" cuando se discutiera la solidaridad con los presos de la Unión, también como consecuencia de propagandas "algoristas". Esperaban "hule" al establecerse contacto entre la Federación Provincial

y los pueblos, algunos de ellos predispuestos contra aquella a consecuencia de la labor personalista realizada por Algora. Con admiración de los que esperaban la tragedia, todo transcurrió tranquilo. ¡No nos conocían! La corrección de los que integran las organizaciones sindicales y su alteza de miras al oírse, evito el "hule" que buscaban nuestros enemigos.
No nos conocen; no saben que cuando llega el momento de tratar a fondo un problema, éste podrá ser discutido con mayor o menor vehemencia, pero la razón se impone siempre y el resultado es el que debe ser, o sea que, por encima de todo, está la Unión General de Trabajadores.
Al asunto Algora se le había dado por los extraños una importancia que no tenía; por el y por sus incondicionales se había hecho una propaganda al estilo del caciquismo antiguo; pero como carecía de importancia, lo mismo en el campo sindical que en el político, fué resuelto sin que una sola voz se alzase a detender lo por el realizado; únicamente algunos, más sentimentales, creyendo que el agradecimiento a favores personales les obligaba a pedir clemencia, pidieron ésta, pues realmente no otra cosa fué lo que hicieron.
¿Por qué se trató del asunto Algora en la Asamblea celebrada por la Federación Provincial de la U. G. T.?
El señor Algora realizó un acto de indisciplina contra la minoría parlamentaria socialista, la cual lo sancionó expulsándole de ella. El señor Algora realizó un acto de indisciplina como afiliado al Partido Socialista, y la Agrupación Socialista de Zaragoza lo sancionó expulsándolo del Partido; pero él, artificialmente, recurrió al sofisma de que su acta de diputado no la debía a las organizaciones del Partido Socialista y sí a las organizaciones sindicales de la Unión, y agregaba que había cumplido el mandato de estas y por ello resultó necesario demostrar que tal mandato no existía y que las organizaciones sindicales opinaban de igual manera que la minoría socialista del Parlamento y que la Agrupación Socialista de Zaragoza.
Es costumbre en todos los Congresos nombrar ponencias que faciliten la labor que ha de realizarse; pero antes de nombrar la ponencia que fuese a dictaminar acerca del caso Algora, se consideró preciso se abriese discusión acerca de él, con el fin de orientar a la ponencia que se nombrase. Varios oradores intervinieron, pero como el espacio de que se disponemos nos impide extractar lo dicho por cada uno de ellos, nos limitaremos a detallar algunos párrafos de los discursos pronunciados por los camaradas Albar y Cordero, por las enseñanzas que de ellos pueden deducirse.

Discurso del camarada Albar
Siento embarazo al hablar de Algora, con el que he compartido vuestra representación y pudiera atribuirse un carácter de molestia personal que yo quiero eliminar. Quiero insistir en ello. No hay en mí, oposición personal contra Algora.
No me ha sorprendido lo ocurrido
Yo no he de disfrazar ningún juicio mío. Para mí no ha habido sorpresa en el acto realizado por Algora, pues casi desde el principio de nuestra actuación como diputados constituyentes advertí en él una desviación de la disciplina de nuestro Partido; en su psicología no advertía yo nada de lo que es el fundamento de una conciencia socialista, y contorne pasaban los días habíamos de seguir líneas divergentes que cada vez han ido separándonos más.
Yo veía que Algora estaba decidido a ejecutar lo que ha hecho o algo parecido en cuanto tuviera ocasión. Llegó al cabo de numerosas incidencias en el grupo parlamentario y se llegó al Estatuto y se comenzó en Aragón la campaña en contra de él, a la que no di importancia, y sigo con esta opinión, porque la considero producto de baja política.
Algora, entonces, personalmente, me hizo notar estaba identificado con esa opinión antiestatutista, y que yo debía estarlo también. Yo le expresé la opinión que antes he expuesto. Después me asombró que todas las cartas y telegramas en contra del Estatuto fuesen dirigidas a Algora y no a mí (tengo menos de seis) y que la mayoría venían de Ayuntamientos que no tenían socialistas y aun muchos ni republicanos.
Todo esto era muy sospechoso para que yo me dejara llevar por esa campaña!
Conciencia y disciplina
Yo advertí a Algora que tuviera cuidado con lo que hacía, pues tendría que atenerse a las consecuencias y que en el Partido Socialista la disciplina es algo consustancial, contestándome que para él era un caso de conciencia.
Yo he de decir que no he sentido problemas de conciencia sobre los problemas políticos; todo lo más, discrepancias al estudiarlos. Además, la conciencia individual es muy respetable, pero cuando las mayorías acuerdan, se respetable cuando se discute el tema, pero cuando las mayorías acuerdan, se crea la conciencia colectiva y a ésta hay que atender.
Cuando dije lo anterior a Algora, me contestó que estaba decidido. Consultó a la directiva de la minoría, que le negó el permiso. Aquel mismo día por la mañana, en la Ejecutiva del Par-

(Continúa en la página 2).

El clerizonte organillo de las sacristías dice que si el señor Algora era todo lo que decimos, ¿por qué lo llevamos al Parlamento?
Tenéis razón, seráficos hermanos; ¿pero qué váis a esperar de unos simplotes que el día del triunfo de la revolución se pasan el tiempo cantando y no se le ocurre ni poner un mal bozal a los mastines del rebaño de la caverna?
Así nos clavan ahora los colmillos, y todavía es posible les regalemos el mendrugo de alguna secretaría más o menos rural.
¡Alegres y confiados que somos!

